

Un pensamiento que se atreve. Impresiones sobre *Agua bendita. Crítica de arte, 1987-2007*

Mayra Sánchez Medina

Profesora. Instituto Superior de Arte.

Si siguiendo a Rufo Caballero, quien confiesa en su libro *Agua bendita. Crítica de arte, 1987-2007*, que «cada tema [le] sugiere un tono», no puedo menos que hablar, en primer lugar, del hombre que nos habla desde él. Es su mirada personalísima la que nos atrapa desde el pórtico, y nos invita a recorrer, desde casi quinientas páginas, veinte años de su bregar en la crítica sobre arte cubano. En mi misión de incitadora a la lectura de este libro formidable, les puedo adelantar la fruición de una excelente puesta en escena, escrita con oficio y vehemencia. Así lo resalta Rolando Mesa en un prólogo que titula «De cómo hacer el amor en un salón de espejos», en el que la huella del texto se lee, se siente como un perfecto preámbulo de lo que vendrá.

Agua bendita logra una factura muy contemporánea, cuyos juicios no se presentan como *palabra santa*, sino en el entendido del crítico como un artífice más, que no el único, en la construcción historiográfica. El olfato examinador de Rufo le induce a detenerse en detalles, maneras y obras, y al mismo tiempo le permite elaborar

Rufo Caballero, *Agua bendita. Crítica de arte, 1987-2007*, Letras Cubanas y Artecubano Ediciones, La Habana, 2009.

una visión de conjunto que repara en signos epocales, tendencias y contextos. Para los que se enfrentan al libro con fines académicos, puedo anunciarles copiosa información e interesantes criterios valuativos acerca de personajes entrañables del mundo artístico cubano. Pero hay más.

Hago notar que cuando el autor escribía sus primeras críticas de arte, a fines de los años 80, rondaba los veinte años. Hay poco, en *Agua bendita...*, de ese primer Rufo, críptico y «juvenilmente egocéntrico». Este Rufo de hoy, o, como él mismo prefiere, estos Rufos que se transparentan en el libro, pueden mostrar un desempeño que prescinde de la rémora metatextual o la elocuencia tropológica. ¿O será que de tanto insistir en la metáfora cultural nos amaestró el oído y nos hizo *su* público? Ciertamente es que aunque este resulta su primer libro dedicado especialmente a las artes visuales, no ha escatimado ninguno de los espacios posibles, y hasta los imposibles, para tomarle el pulso a la creación artística, y cultural, cubana. Veinte años después, ha logrado interlocutores y «cómplices».

Es por ello que *Agua bendita...* no va a interesar solamente a los que gusten de la crítica de arte, pues el

libro se remonta a una noción de arte que trasciende la autorreferencialidad y el solipsismo aurático. Por momentos, el «cable a tierra» nos conduce a la aventura de habitar nuestro tiempo, desde el despliegue de un instrumental conceptual abierto, que gusta de la transdisciplinariedad, de la epistemología saltarina, y que demuestra un «cosmopolitismo» conceptual que lo hace afín al discurso antropológico, psicológico, ético, sociopolítico... En esta travesía, el arte se me antoja como un pre-texto; como si sus personajes evocaran a los verdaderos actantes de un drama mayor de nuestro país y nuestra época: el debate por lo humano.

En este libro se hace efectiva la sentencia popular de aprender a hacer, haciendo. La experiencia de su lectura nos afianza en la idea de que uno de los pecados del pensamiento occidental moderno es haber amordazado al sujeto, haber instrumentalizado su razón, mutilada del afecto y la emoción. Rufo sabe esto y lo muestra de la mejor manera que puede hacerse: construyendo un relato personal; desnudando su criterio y esgrimiendo sus preferencias con una exquisita desfachatez que conmueve e ilumina. Sin embargo, este texto que juega con la pasión y se deja recorrer por ella, prefiere una estructura tópica y no cronológica, lo que, a mi modo de ver, no resulta un detalle sin importancia. Intuyo que la asunción de esa estructura no obedece solamente a una visión historiográfica. Con ella, el autor ha tomado partido por la búsqueda de una coherencia responsable, en el despliegue de la materia sobre la que discursa, sin dejarse seducir por el lucimiento ególatra, tan proclive a marcar etapas y colorear períodos personales. Así mismo, como intelectual comprometido con su historia y con su tiempo, no escatima definiciones y referencias tan caras a los que empiezan, como si se anclara en el Otro, y quisiera dejarles algo a quienes ahora tienen veinte años menos que él.

Resulta difícil ser original ante alguien a quien le gusta desnudarse y ha asumido la autoconciencia como un instrumento sistemático. Por eso quiero aprovechar el influjo emocional que me llega de estas páginas para subrayar aquellos impactos iniciales que me propinó la lectura de *Agua bendita...* Enumeraré mis impresiones, consciente de que reclamarán un volver a mirar, una segunda lectura...

Primero. Cuando me preparaba para presentar el libro en el Museo Nacional de Bellas Artes,¹ y releía los textos publicados por el autor en los inicios de la década de los 90 (los que se incluyen en *Agua bendita...*), recordé aquella sentencia de que nuestra visión es más propensa a mirar, como diría McLuhan, «por el espejo retrovisor», y no le es dado distinguir con facilidad lo que tiene delante. Por ello me parece conveniente apuntar mi convicción respecto a la pertenencia de Rufo Caballero a un movimiento intelectual, a mi modo de ver poco estudiado entre nosotros, que lo influye y lo incluye

siendo aún muy joven. Me refiero a algunos profesores, estudiantes, artistas y críticos de arte que por aquella fecha, década de los 80 y principios de los 90 del pasado siglo, se habían congregado alrededor del movimiento artístico, impactados por el *boom* del llamado Nuevo Arte Cubano.

Portadores de un punto de vista otro sobre lo cultural, se estructuran a horcajadas entre la rica tradición intelectual cubana y el súbito deslumbramiento ante una abundante producción teórica internacional que había penetrado los talleres y las aulas universitarias. En un momento en que mucho del pensamiento cubano yacía adormilado por la cadencia catequista del panfleto, este grupo devino avanzada indiscutible, y asumió la responsabilidad de conformar otros nodos reflexivos que le permitieran dialogar con el nuevo arte, del que pudieran considerarse producto y alimento. Como avanzada, creó adeptos y adictos: intuyo que si en mi historia profesional existe un antes y un después de Lupe Álvarez, seguramente para muchos, serían Magaly, Madelín, o el propio Rufo, los generadores de productivas conmociones epistemológicas. Cuando lean en este libro «Los recuerdos del cómplice. El arte cubano en tiempos de Revolución, para otra escritura de su historia», publicado inicialmente en *Revolución y Cultura*, en 1994, fecha en que todavía su autor no alcanzaba a cumplir los 30 años, concordarán con buena parte de mis elucubraciones.

Segundo. Todos sabemos ya que transgredir permanentemente las fronteras es una de las claves de nuestra época descentrada. Rufo no solo lo sabe, lo ejerce, cuando de la mano del arte extiende los límites de lo académico y nos introduce en un discurso que saborea lo popular; en un cruce, otrora inimaginable, entre un saber exuberante, culto, que el autor ostenta sin rubor ante el tema más frugal, y el *ser así*, gozador, del cubano que es, y que exterioriza también sin reparos. Esta mezcla irreverente deviene marca personal. El resultado no puede ser más ambivalente, atractivo y provocador.

Tercero. En el libro se habla de la Estética como «una visión particular sobre el arte y el mundo», pero no *de la Estética como saber*. Obsérvese cómo en el Pórtico, el autor se reconoce deudor de la teoría cultural, la historia del arte, la crítica de arte, la poscrítica..., pero *no menciona a la Estética*. En mi cruzada personal por resignificarla como un discurso pertinente y necesario para el hombre actual, he tropezado con una cierta demonización del legado del saber estético, cuyo espacio ha llegado a ser escamoteado, ante la teoría cultural, en algunos currículos universitarios.² No puedo afirmar que sea el caso, pero ofrezco mi visión de esta historia.

En los 80, la teoría cultural se constituyó en una especie de atajo para acompañar al arte, ante la inoperancia de una Estética adocenada en normativas

utópicas, abstraídas de ideales supra-humanos e inalcanzables, que se pensó a escala de lo social, pero solo en contadas excepciones logró comprender el alcance revolucionador de las sucesivas oleadas del arte vanguardista que repudiaba. En esas circunstancias, el «atajo» resultó pertinente. Aun así, la muerte de la Estética no ha podido ser consumada, en tanto los ecos de una sociedad estetizada la ubican al centro de los discursos contemporáneos. Siguiendo esta idea, creo reconocer, entre los aciertos de este libro, la presencia de un esbozo inicial, de una penetración intuitiva en los registros retóricos de una Estética Pragmática, inédita entre nosotros. Aunque por razones obvias de formación lo seduce la Semántica, los invito a prestar atención cuando Rufo se detiene a visualizar la gestualidad cotidiana, los atributos espectaculares de la masculinidad, el repertorio de signos al uso en la figura del travesti, las puestas en obra de la lateralidad y el borde social (que tanto parecen atraerle). Entonces *está dibujando un boceto para una Estética de lo cotidiano*, aunque, concentrado en atrapar el misterio de lo artístico, puede ser que no tenga plena conciencia de ello.

Cuarto. En *Agua bendita...*, Rufo se mueve con desenfado entre lateralidades y subversiones. Magistrales resultan sus textos dedicados a Rocío García, al «delincuente estético» que ve en el Cuty (Gustavo Cesar Echevarría), a Raúl Martínez...; donde se sumerge, sin parpadear, entre las entretelas de lo humano. Con un ademán no siempre explícito, que ronda en ocasiones el candor y en otras una turbadora insolencia que conmueve, brinda un espacio retórico a las imbricadas zonas del deseo, a la marginalidad, a las fantasías eróticas, y otras zonas privadas y «públicas» del silencio, que observa sin pestañear. Cuando explicita gestos sugeridos desde el arte, y obviando las sutilezas, los verbaliza ante nuestros ojos, los exorciza, compulsándolos a la visibilidad y al desocultamiento; descubre en ellos aspectos vedados por el pensamiento oficialista, y pone en solfa esa enfermedad paranoica que es la censura, que muchas veces debuta como autocensura, descubriéndonos un espacio conflictivo, que el autor trata de violentar una y otra vez.

Pero no sé si se arriesga más cuando, con igual naturalidad, maneja términos al uso, desautorizados por el panfleto, y se sumerge, de la mano del arte, en cuestionamientos apasionados sobre preocupaciones éticas y políticas; cuando arremete contra la doble moral, las estrecheces institucionales y los errores de política cultural, desde una tribuna que legitiman el compromiso y la preocupación ética. *Agua bendita...* esgrime un pensamiento que se atreve, que nuevamente no cree en autocensuras, y que tiene a su favor la valentía de reconocer las manchas sin regodearse en ellas; como

un agua buena que lava las heridas, como primer auxilio al restablecimiento del cuerpo social que le preocupa. A propósito de ello, en sus referencias frecuentes a la ética y a la moralidad (a las que distingue oportunamente), suple una de las mayores insuficiencias de nuestros escauceos académicos enfáticos en lo formativo: Rufo «viste a los valores», les da formas y deseos humanos, y los problematiza desde una mirada culta, mostrándonos por qué la cultura está llamada a ser protagonista, y no simple adorno.

Quinto. Por último, quisiera apuntar también que encuentro un cierto aire de familia entre el discurso de nuestro autor y los sonidos que acompañaban a los más jóvenes exponentes de una novísima trova que se fraguó también por esos años de fin de siglo. Impactada por los aires del rock, el blues y el bossa nova, entre otros, sin dejar de regresar con avidez a la tradición de la guaracha y el son, esa trova resignifica y actualiza cuanto código la inspira. Así también se traslucen en *Agua bendita...* las innegables influencias del pensamiento internacional más reciente, llamado posmoderno, en el uso de la historiografía, la hermenéutica, las claves de la poscrítica. Pero, al tiempo, Rufo salda su deuda con Fernando Ortiz y con Jorge Mañach, y se inmiscuye en la búsqueda de la cubanidad desde la insularidad y la ética de la resistencia. Como en Pavel Urquiza o en Barbería, en Habana oculta o en Habana abierta, en Rufo Caballero el aire de contemporaneidad «suena cubano», resulta síntesis de universalidad y territorio.

Por estas razones, y por muchas otras que seguramente ustedes encontrarán, este texto, y su metafórico título, logran desbordar el sentido que nos sugiere el autor cuando confiesa que lo usa como un guiño para evidenciar su buena «vibra» hacia el arte cubano. Lo pienso también en el sentido inverso, como testimonio elocuente de un pensamiento bendecido por su objeto, que en diálogo con él ha logrado una saludable madurez, potenciadora de muchas lecturas posibles.

Un pensamiento que no solo discursa sobre lo cubano, sino que «lo habita», se regodea en él, y que quiero sentir como la anhelada profecía de un tiempo mejor, por venir.

Notas

1. Cosa que aconteció el 9 de febrero de 2010.
2. Me refiero, concretamente, a la inclusión de la Estética, en la carrera de Historia del Arte de la U.H., con un espacio reducido, dentro de la disciplina de Teoría de la Cultura Artística.